


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Herrera, Carlos M.: *¿Adiós al proletariado? El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2016.

Lucas Poy

*Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” -
Universidad de Buenos Aires / CONICET*

lucaspoy@gmail.com

*Fecha de recepción: 06/01/2017
Fecha de aprobación: 22/01/2017*

Con un título que seguramente traiga a la memoria del lector el libro de André Gorz de comienzos de la década de 1980, el último trabajo de Carlos Herrera presenta una investigación sobre la historia del Partido Socialista argentino entre 1945 y 1955, y constituye una obra de lectura necesaria tanto para los interesados en la historia del socialismo local como para todos aquellos investigadores que se ocupan de la historia del peronismo, en tanto le devuelve protagonismo a esta fuerza política a lo largo de ese período clave de la historia argentina. Herrera es catedrático de la Université de Cergy-Pontoise, en Francia, donde vive hace más de dos décadas, pero está también estrechamente vinculado a las redes de investigación sobre la historia de los trabajadores y las izquierdas en Argentina, donde ha contribuido a fundar y dirigir la Red de Estudios sobre el Socialismo Argentino (RESA). El libro, editado a fines de 2016 por Imago Mundi como parte de la “Colección Archivos. Estudios de historia del mo-

vimiento obrero y la izquierda”, es el producto de sus estancias de investigación en Argentina durante muchos años.

Según el autor, una deficiencia de los trabajos existentes sobre el Partido Socialista durante el peronismo fue la de limitarse a analizar lo ocurrido entre 1946 y 1955, sin rastrear en el período previo —y en las peculiaridades históricas del socialismo local— las causas de su deriva política. Su trabajo apunta a poner en cuestión, por lo tanto, la idea según la cual “el peronismo fue el *origen* de la crisis socialista”, buscando mostrar en cambio que “la crisis que vivió el socialismo bajo el peronismo estaba marcada por un agotamiento que precedía a ese momento, y que atañe a un modelo de acción política que se revelaba inadaptado para las evoluciones que estaba viviendo el país, y muy particularmente la clase obrera” (p. xvii). Una historización de esta larga crisis del socialismo argentino, según Herrera, puede reconstruirse en tres etapas: la primera encuentra sus orígenes en los comienzos de la década de 1930, poco después de la muerte de Juan B. Justo; la segunda se extiende propiamente en los años dominados por la experiencia peronista, de 1943 a 1955; la tercera se inicia con la Revolución Libertadora y culmina con la fractura partidaria de 1958. La propuesta del libro es explorar ese segundo momento, intermedio y decisivo, de esa larga crisis.

En la medida en que considera que la historia política de una fuerza de izquierda no puede reconstruirse atendiendo únicamente a las voces oficiales sino que debe ser examinada “a partir de sus tensiones, de sus conflictos, de sus escisiones” (p. xxiv), Herrera estructura su libro en dos mitades: la primera explora, desde diversos ángulos, los posicionamientos de la dirección partidaria ante el fenómeno peronista, así como las vicisitudes de la actividad del partido en el ámbito sindical y el cooperativo. La segunda parte, en tanto, examina las formulaciones críticas a dicha línea oficial, lo cual incluye tanto a aquellos cuestionamientos internos como a los que dieron lugar a rupturas y experiencias políticas independientes.

La primera parte se inicia con un capítulo dedicado a analizar la caracterización del peronismo elaborada por Américo Ghioldi, el principal dirigente del socialismo argentino durante este período. Herrera destaca que su interpretación ha sido habitualmente considerada como “el paradigma de la incomprensión de las transformaciones sociales y estructurales que produjo el per-

nismo y la clave de la posterior decadencia del PS” (p. 8), pero permanece escasamente analizada en profundidad y en su desarrollo histórico. Desde la perspectiva del autor, las ideas de Ghioldi acerca del peronismo “no se forman de un solo bloque y expresan algo más que una reacción visceral” (ídem); el trabajo propone, por lo tanto, una reconstrucción que puede dividirse en tres momentos sucesivos.

Una primera etapa se abrió a partir de 1943, cuando los editoriales de *La Vanguardia* comenzaban a advertir la figura del coronel Perón y, si bien no dejaban de hacer comparaciones con las experiencias fascistas, aún podían permitirse algunas consideraciones positivas acerca de los avances en el plano de la “justicia social”. Los acontecimientos de octubre de 1945 pusieron de manifiesto el indudable apoyo obrero a Perón y por lo tanto la interpretación ghioldista reforzó la hipótesis de la “incomprensión” de las masas para entender el proceso histórico. En las movilizaciones a Plaza de Mayo, según Ghioldi, habían convergido “todos los gritos del candombe y todos los efectos escénicos de la táctica mussoliniana y hitlerista” y eso mostraba que en la clase obrera argentina “había un fondo de primitividad y miseria listo para ser utilizado por caudillos militares” (p. 15).

Pero todavía en esta etapa Ghioldi podía considerar que la experiencia peronista no era más que una aberración momentánea, fruto de la manipulación del líder sobre una clase trabajadora ignorante, e incompatible con el contexto económico de derrota del Eje en la Segunda Guerra Mundial. Una segunda etapa en la estructuración de la “hipótesis de Ghioldi”, según Herrera, se abrió por lo tanto a partir de la elección de Perón a la presidencia en febrero de 1946. Se trató de un período de transición, en el que el discurso anti totalitario comenzaba a ocupar un lugar decisivo pero se consideraba aún que el peronismo no podría mantenerse demasiado tiempo en el poder. Más tarde, “a partir de un momento clave, que puede situarse alrededor de 1950, un primer conjunto de análisis que fluctuaban aún, siempre dentro de una línea de frontal oposición política, se estabilizará definitivamente en la caracterización del peronismo como expresión del totalitarismo” (p. 23). En este tercer momento, que según Herrera se consolidó luego de la dura derrota de las huelgas ferroviarias y la plebiscitaria reelección de Perón en 1951, cristalizó una interpretación según la cual la Argentina peronista mostraba por un lado a un estado totalitario que “había obstruido toda posibilidad de reacción” y por el otro a una clase obrera que había “perdido vigor

gremial, capacidad política y que participa[ba] en movimientos histéricos e hipnóticos para la idolatría de un mandón militar” (p. 27).

La interpretación de Ghioldi sobre el peronismo como totalitarismo fascista, que estructuró toda la política del partido en esta etapa, es resumida por Herrera como “un proceso que va de la adjetivación a la sustantivación” (p. 29). La utilización del concepto de totalitarismo le permitía soslayar un examen de las estructuras sociales y económicas que daban base a la experiencia peronista: tal como destaca Herrera, “no había en la ‘hipótesis de Ghioldi’ una explicación histórica del peronismo” sino antes bien, el predominio de tesis psicológicas (p. 32). Para el autor, las raíces de esta falencia interpretativa pueden encontrarse en una determinada comprensión histórica sobre la crisis argentina, que veía la tarea de “democratización integral” propuesta por el viejo maestro Justo en una clave eminentemente política y limitada a los valores cívicos, democráticos y republicanos.

El segundo capítulo pasa del examen de la línea política partidaria a un análisis del derroteo socialista en el movimiento sindical durante la década peronista. Si bien no abandona el terreno de la historia de las ideas, se introduce por momentos en un registro más propio de la historia social. Herrera discute aquí con buena parte de la historiografía, incluso la más reciente, que según su punto de vista ha “invisibilizado” el papel de los militantes socialistas en las luchas obreras bajo el socialismo y se ha limitado a mencionar el indiscutible peso de reconocidos dirigentes socialistas, como Bramuglia y Borlenghi, que se pasaron a las filas gubernamentales y abandonaron tempranamente las huestes partidarias. Nuevamente, el autor plantea que el rol del socialismo en el movimiento obrero debe ser historizado y propone una periodización en tres momentos.

En primer término, los socialistas plantearon un enfrentamiento abierto contra la política de integración de la CGT al gobierno. En este contexto, se retiraron de la central obrera aquellos sindicatos controlados por los socialistas que aún no habían sido intervenidos, como La Fraternidad, los obreros del calzado y los textiles, lanzaron una fuerte ofensiva a nivel internacional en el marco de la OIT, y relanzaron una “Comisión de Información Gremial”, como órgano partidario para articular la intervención en el movimiento obrero. En septiembre de 1945, se realizó una Conferencia Nacional de Gremialistas Socialistas y poco después de la elección de Perón los gre-

mios dirigidos por los socialistas se unieron para formar el Comité Obrero de Acción Sindical Independiente (COASI). En junio de 1947 se realizó incluso una segunda conferencia nacional del sindicalismo socialista.

Según Herrera, en los años finales de la década de 1940 tuvo lugar el “momento de mayor protagonismo del gremialismo socialista”, en un contexto marcado por el endurecimiento de la postura antiperonista del partido pero también por un ascenso de la conflictividad obrera. Desde el punto de vista del autor, el socialismo estuvo “en la primera línea en las huelgas y medidas de fuerza que se desarrollan en el inicial lustro peronista, no tanto en los sindicatos industriales como en los gremios de servicios (bancarios, municipales, ferroviarios, gráficos), donde se conservaban sus principales bases” (p. 48). El punto crítico de este proceso estuvo dado por las huelgas ferroviarias de 1950 y 1951: la derrota de estos movimientos, el fuerte golpe represivo que le siguió, con decenas de detenciones de dirigentes y militantes socialistas, y la reelección de Perón, según Herrera, “parece cerrar este ciclo ascendente de protestas y, sobre todo, el papel de los socialistas en estos movimientos” (p. 59).

Los últimos años del peronismo en el poder, por tanto, estuvieron caracterizados por una “organización sindical socialista desarticulada” y por un rol mucho menos activo de los militantes partidarios en el movimiento obrero (p. 60), si bien se menciona que los mismos conservaban “una presencia importante en la base” (p. 72). Herrera destaca en esta etapa el desarrollo de otros métodos de lucha, hasta ese momento inexplorados por el partido, “como el sabotaje o los atentados, alentados fuertemente desde el exilio montevideano” (p. 62) y explora el renovado interés de la prensa partidaria por la conflictividad obrera en el período 1954-1955, aunque con una participación militante mucho más disminuida.

El tercer capítulo vuelve a anclarse firmemente en el campo de la historia de las ideas políticas y complementa en parte al primero, en la medida en que busca reconstruir dos aspectos de la crítica socialista al peronismo: aquellos vinculados a las políticas económicas, por un lado, y a la construcción jurídica y constitucional, por el otro. Herrera señala que “el esquema antiperonista del socialismo argentino se articulaba de manera coherente en la crítica del modelo estatal” (p. 96). Ambos ejes tenían como rasgo común el rechazo al “estatismo peronista”, leído en

clave de totalitarismo, así como una reivindicación de elementos liberales característicos de la impronta de Justo. Herrera muestra, al mismo tiempo, que “el nudo discursivo” era más complejo y combinaba estas viejas trayectorias intelectuales con “nuevos componentes que marcaban cierta evolución con respecto a la tradicional doctrina justista” (p. 76). En el plano de la política económica, por ejemplo, la denuncia del gasto estatal y de la inflación ocupaban un lugar fundamental, entroncando con los tradicionales postulados partidarios en favor de una “moneda sana”, pero también era posible advertir inflexiones que mostraban los cambios ocurridos en la línea partidaria desde la década de 1930, en el sentido de una valoración positiva de la planificación económica y de un anclaje en las teorías keynesianas. En el terreno de la crítica jurídica, las ambivalencias eran menores: Herrera se concentra en los posicionamientos partidarios acerca de la reforma constitucional de 1949, duramente criticada, y muestra que, “en el marco de su oposición a la proyectada reforma peronista, los socialistas preferían insistir que la construcción de un modelo social no era incompatible con las instituciones liberales que habían regido la democracia argentina desde 1853” (p. 91).

El cuarto capítulo vuelve a ubicarse a medio camino entre la historia de las ideas políticas y la historia social, al explorar el derrotero experimentado durante los años peronistas por el cooperativismo, esa tercera pata fundamental (junto a la acción política y la sindical) de la propuesta del socialismo argentino. También aquí Herrera propone una periodización, dividida esta vez en dos momentos. A contramano de lo ocurrido con la línea política partidaria más general, se observa aquí un movimiento en sentido inverso: si en un primer período los cooperativistas vinculados al socialismo expresan una oposición más abierta al régimen peronista (que sin embargo jamás alcanza la virulencia de la línea partidaria), sobreviene luego una segunda etapa, donde el avance del justicialismo en el ámbito cooperativo dio lugar a una mayor cautela por parte de los socialistas, que prefirieron evitar el enfrentamiento abierto. Si bien se concentra, como el resto del libro, en reconstruir posicionamientos políticos, el capítulo aporta algunos elementos para mensurar los alcances de las fuerzas del cooperativismo socialista, mostrando que a lo largo del período una institución como El Hogar Obrero logró un significativo crecimiento en sus filas, al pasar de 20.000 socios en 1947 a 35.000 en 1953 (cifras notoriamente superiores a los 7.000 afiliados que registraba el partido en esa misma etapa). Herrera sugiere que la “prudencia” de los

cooperativistas socialistas en sus posicionamientos ante el peronismo debe entenderse en el marco de un contexto que parecía muy promisorio para el cooperativismo en todo el mundo y en el cual efectivamente sus fuerzas mostraban un crecimiento sostenido en el país.

La definición de una caracterización del fenómeno peronista, en suma, parecía completada hacia 1950, y de ella se desprendía una línea política inequívoca: “derrocar al tirano” debía ser el objetivo de la acción socialista: “no hay desgraciadamente camino intermedio”, le planteaba Ghioldi a Repetto en una carta desde Montevideo. La cristalización de esta línea no podía dejar de provocar una agudización de las tensiones internas en el partido, y era a su vez un resultado de la radicalización de la dirección ante estos cuestionamientos. El partido no toleraba “ningún acercamiento al gobierno y [llevó] a cabo un conjunto de expulsiones y purgas periódicas a lo largo de esos años” (p. 134). En la segunda mitad del libro, Herrera se dedica por tanto a reconstruir estas críticas y tensiones internas, a través de cuatro capítulos que exploran de forma separada distintas experiencias disidentes que surgieron en las filas socialistas en esta etapa.

La primera de ellas es la que Herrera caracteriza como “la tentativa más importante por oponerse desde adentro a la línea mayoritaria”: la serie de críticas y cuestionamientos que llevó adelante Julio V. González y llegó a un punto culminante en el congreso partidario de noviembre de 1950. González, hijo de aquel ministro conservador de Roca admirado por el socialismo argentino, no provenía de la escuela justista: había sido un destacado dirigente de la Reforma Universitaria y se incorporó al partido recién en 1932. Herrera muestra cómo sus cuestionamientos a la línea de Ghioldi tenían como base una preocupación por lo que caracterizaba como “la incapacidad del partido para penetrar en la clase trabajadora” (p. 143). González caracterizaba, ya a mediados de la década de 1940, que estas dificultades para ampliar su influencia en la clase obrera se debían al hecho de que el programa mínimo del partido estaba ya “agotado y superado” por las circunstancias: el peronismo era entendido en este sentido como “un síntoma de la crisis del partido, pero de ningún modo [como] su causa”, una interpretación que tiene varios puntos en común con la que elabora el propio Herrera en su trabajo (p. 144). El capítulo reintroduce un análisis de las interpretaciones de Ghioldi, quien tomó en sus manos la respuesta a las críticas de González delimitando claramente “su visión sobre la inmadurez de la clase obrera argentina” y recordando que las claves de la hora eran la lucha contra el totalitarismo y en favor de la libertad. La postura

ghioldista fue refrendada sin atenuantes por el congreso de 1950 y el accionar de González entró, según Herrera, en un “compás de espera”, que fue finalmente interrumpido por su prematura muerte en 1955.

Las restantes tres disidencias estudiadas por el libro son aquellas que se desarrollaron en ruptura con la estructura partidaria y desde afuera de sus filas. Una de ellas, examinada en el capítulo 9, está, al igual que la de González, organizada fundamentalmente en torno a una figura: en este caso la de Dardo Cúneo, quien se había convertido en un respetado propagandista partidario en los años cuarenta y rompió con el PS en 1952, editando una publicación llamada *Acción Socialista* y creando luego una organización del mismo nombre. Herrera recorre las páginas del periódico y reconstruye una interpretación que “dejaba entrever cada vez más una visión del socialismo menos liberal, latinoamericana, más claramente apegada a un programa de socialización de los medios de producción, o al menos a la planificación”, si bien marcaba en todo momento su distancia con la experiencia peronista (p. 216).

Las dos experiencias restantes, en cambio, representan proyectos colectivos de más amplio alcance y con numerosos vasos comunicantes entre sí: el llamado Instituto de Estudios Económicos y Sociales, por un lado, y el Partido Socialista de la Revolución Nacional, por el otro, que son estudiados en los capítulos 7 y 8. Se trata de dos emergentes organizativos abiertamente favorables al peronismo que estuvieron protagonizados, en lo fundamental, por cuadros que abandonaron el Partido Socialista en disidencia con sus planteos políticos antiperonistas. Herrera examina en detalle ambas experiencias, mostrando no sólo sus puntos en común sino también sus diferencias: mientras el Instituto se planteó más como un “laboratorio de ideas” que desde sus publicaciones y actividades —financiadas por el gobierno— buscaba desarrollar una intervención fundamentalmente intelectual, el PS-RN planteó un abierto desafío a la organización partidaria en la medida en que, con el apoyo del Ministerio del Interior, llegó a disputar la personería legal del partido y el nombre del periódico histórico, a partir del rol que jugó el ya veterano Enrique Dickmann —expulsado del partido por haberse entrevistado con el propio Perón— como eje articulador de un amplio conjunto de dirigentes enfrentados con la línea política ghioldista.

Herrera muestra que el desarrollo en última instancia frustrado de las experiencias del Instituto y del PS-RN se debía al carácter heterogéneo y en alguna medida contradictorio de su estructuración política y militante, que reunía en su seno desde intelectuales cuya única pretensión era convertirse en “consejeros” de las autoridades ministeriales hasta grupos trotskistas que hacían sus primeras armas en las experiencias del entrismo en organizaciones más amplias. Eran evidentes, incluso, las divergencias programáticas y en torno a la propia caracterización del peronismo. Ello no obstante, Herrera argumenta que, en buena medida, la experiencia del PS-RN y de los intelectuales vinculados al Instituto de Estudios Económicos y Sociales fue precursora de muchos de los proyectos políticos de la llamada “izquierda nacional” en los años sucesivos, lo cual revela que su estudio en este período temprano resulta de interés para la historiografía dedicada a las décadas posteriores.

¿Adiós al proletariado?, en suma, es la historia de la severa crisis del partido más antiguo de la izquierda argentina, que había sido durante medio siglo una referencia indiscutible —aunque por supuesto no la única ni tampoco la hegemónica— para un importante sector de la clase obrera. Herrera busca ubicar la historia de esta crisis como un “capítulo necesario” en la construcción de un “relato más complejo de la historia de la izquierda, no solo argentina” (p. 246). En efecto, el libro tiene el mérito de colocar la profunda crisis que atravesó al Partido Socialista durante el peronismo en el contexto más amplio de la trayectoria política e intelectual del socialismo local. Consigue comprender de ese modo a la interpretación de Ghioldi, que determinó la orientación partidaria en este período, menos como la ocurrencia extemporánea de una figura política individual que como una de las consecuencias posibles de una tradición partidaria que colocaba la idea de “educación cívica” en el centro de su prédica política. Es así como Herrera puede explicar por qué, a pesar de las enormes dificultades políticas y del peso de la represión estatal, la “hipótesis de Ghioldi” siguió contando con un respaldo mayoritario en las filas partidarias a lo largo de todo el período. El libro muestra cómo la línea ghioldista podía revelarse exitosa para mantener una homogeneidad partidaria y una oposición frontal al peronismo moviéndose decididamente a una interpretación en clave de oposición entre totalitarismo y democracia, pero al costo de enajenarse de la clase obrera y ser incapaz de caracterizar en forma adecuada los regímenes nacionalistas en el contexto de la época imperialista. Un costo que se mostrará muy elevado apenas unos años más tarde, con la fractura partidaria de 1958, un tema que sin duda queda planteado al lector como una inquietud inmediata al concluir la lectura de este libro.